

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## PARA CONSUELO ORADORES DEL BARROCO

LA cosa no empieza, precisamente, con el televisor. Ni con la radio. Ni siquiera con Gutenberg. Lo que ocurre es que, hoy, la maniobra adquiere unos planteamientos técnicos espectaculares, a través de los recursos propios de la «industria». «Industria de la conciencia» es, si no recuerdo mal, la etiqueta que le pone Enzensberger. Se trata, en efecto, de persuadir o de fascinar a gran escala: de obtener la adhesión de las multitudes a una idea, a una persona, a unas instituciones, y de inducir a un determinado comportamiento público o privado. No hará falta recordar la eficacia que, a este nivel, tuvo y sigue teniendo la «educación», tanto la doméstica como la escolar: de viva voz, y con la autoridad del padre o del maestro, los chicos recibían y reciben un bloque denso de nociones y prejuicios que, a menudo, les condiciona para toda la vida. Las máquinas —desde los primitivos tórculos a los últimos chismes transistorizados— dan la impresión de haber multiplicado los trucos de coacción. Sumergidos en ese mundo de permanente «propaganda» vociferante o visual, en casa y en la calle, acabamos por creer que la situación es nueva: sin precedentes. Y no. Siempre fue como hoy. Sólo han cambiado los procedimientos. Lo aparatoso de los que nos acosan no ha de engañarnos respecto a la eficiencia de los que sufrieron nuestros bisabuelos. Una comparación histórica razonable nos obligaría a precisar datos y detalles. Pero...

Pensemos, por ejemplo, en la oratoria. Bastaba un pedestal —una tribuna—, una garganta fuerte y una labia brillante y hábil, para influir sobre las masas, cuando la sociedad estaba constituida por núcleos de población reducidos. No me atrevo a aducir los casos insignes, de «picos de oro» parlamentarios, de la Antigüedad: Cicerón, Demóstenes o quien sea. Los auditorios de estos fulanos tuvieron que ser, necesariamente, breves y leves, si tenemos en cuenta los términos de espacio —lugar— y circunstancia en que se producían. Con todo, el impacto de sus peroratas tuvo que ser penetrante, a juzgar por lo que se cuenta. Más significativo me parece el caso de los oradores sagrados. En la Edad Media, sobre todo, una serie de clérigos excitados, con frecuencia itinerantes, conseguían arrebatar con su palabra cantidades notables de feligreses. Uno de los más ilustres divos del género fue mi paisano fray Vicente Ferrer. Casi siempre, san Vicente Ferrer predicó a la intemperie: en la plaza más amplia de la ciudad o el pueblo donde aterraba. El púlpito habitual no servía —no le servía—: los templos no podían admitir la clientela que sus sermones convocaban. Resulta difícil de imaginar la escena: millares y millares de oyentes, y el fraile —sin micrófonos, ¡ay!— era escuchado con absoluta expectación. Proporciones guardadas —y no son muchas las imprescindibles—, un fervorín de Vicente Ferrer, ¿no equivale a todas las «pequeñas pantallas» de Nixon?

Me abstendré de arriesgarme a tan pintoresca hipótesis. Sin embargo, los cálculos demográficos y de articulación social, debidamente hechos, permitirían esbozar curiosos paralelismos o, al menos, aproximaciones instructivas... Ignoro quién fue el último predicador callejero de categoría. ¿Quizá Savonarola? No importa. Esto es secundario. Yo sólo intentaba, con tales referencias, destacar un medio —no era el único— de manipulación moral en épocas pasadas. La estrategia de los oradores más o menos antiguos merecería un análisis minucioso. Estoy seguro de que la indagación, en la medida en que fuera posi-

ble, revelaría en ellos una genial intuición «publicitaria», tan aguda o más que la de los mejores profesionales de hoy. Aldous Huxley se ocupó de John Wesley, el fundador de la Iglesia Metodista —ya en pleno siglo XVIII—, y definió su táctica como la de un profundo conocedor de las reacciones «del sistema nervioso central». Sin llegar a ese extremo, podríamos sacar aleccionadoras conclusiones sobre los artificios lógicos, la vivacidad retórica, el empuje histriónico, de los personajes dedicados a la oratoria. A la profana y a la sagrada, desde luego. Algunas páginas de cualquier historia de cualquier literatura recogen el testimonio de aquel vigor «literario» de los discursos. Para nosotros, san Vicente Ferrer es un clásico. ¿Y no son piezas de antología «literaria» las arengas de Napoleón o la chachara de Castelar? Algun día, en este terreno, se hablará de Mussolini o de Hitler... Aunque Mussolini y Hitler ya pertenecen a la época de los circuitos periféricos...

Entre las anécdotas que da de sí la materia, evocaré dos del Barroco local. En el siglo XVII, la oratoria sagrada —la profana carecía de plataformas— alcanzó extrañas cimas de fresnesí. Era la moda y el temple del momento. La pirotecnica verbal y las prestidigitaciones conceptuales constituían el pan de cada día, en los púlpitos. La feligresía aguantaba aquellos charrones como Dios le daba a entender. De buena fe y con la boca abierta, de ordinario. Para los que tenemos una edad ya «canónica», y pudimos conocer la tónica y el tono de los predicadores preconcienciales, no resulta complicado imaginar lo que fueron sus antecesores seiscentistas. En mi adolescencia aún conseguí admirar los trinos tremendamente excelsos de algún canónico, de algún jesuita, prodigiosos. ¡Qué chorros de voz, qué ejercicios malabares con la teología y con la hagiografía, qué elocuencia irrestañable! Y ellos ya eran un residuo decadente: un lánguido final de tradición. Lo bueno habría sido poder escuchar al padre Palavicino, pongo por caso. O a Baltasar Gracián... Sí: a Gracián, el sentencioso, el partidario del laconismo retorcido y sutil. Este distinguido teatino de la familia ignaciana, gloria de las letras españolas, residió durante unos cuantos años en el País Valenciano, y, al parecer, sus superiores le ordenaron predicar. La última vez que lo hizo (y, si no me equivoco, en la misma catedral de Valencia), el autor de «El Discreto» se excedió. Vale la pena de contarlo. Los biógrafos del prosista aragonés suelen disimular el episodio, pero tiene gracia y da la medida del clima.

El padre Gracián, según cuentan, se lanzó a la homilía. ¿Con parrufadas ampulosas, al estilo vigente, o con la frase corta o entrecortada del «lo bueno, si breve, dos veces bueno»? No hay manera de saberlo. Sólo que, a la mitad del sermón, tuvo la sorprendente ocurrencia de anunciar a los fieles que le oían una noticia extraña: él, el orador, había recibido —nada menos— una carta del infierno. Y se sacó de la manga del roquete un papel, supongo que ligeramente chamuscado para dar verosimilitud a la afirmación. El truco no era nuevo —tiene precedentes—, pero sí inédito en la plaza... ¿Una carta procedente del mismísimo infierno? Baltasar Gracián, probablemente, no se veía cometiendo un torvo pecado de superchería. Quizá, para él, el ardid no pasaba de ser un accesorio de la perorata, meramente teatral. El Barroco, en todos sus aspectos, fue eso: puro teatro. El Giesú, las esculturas del Bernini, Calderón, Quevedo, y lo demás, los lienzos de Ribera, son abrumadoramente «escenográficos»... A Gracián le salió el tiro por la cu-

lata. Sus píos oyentes no se tragaron la historia, y montaron en cólera. Y el ilustre teatino tuvo que retirarse a la sacristía, custodiado por unos robustos beneficiados, que le protegieron de la justa indignación popular... Y si a eso se animaba todo un Gracián, ¿qué no haría un fraile subalterno? Explicaré enseguida otro caso divertido.

Por supuesto, el padre Baltasar nunca perdonó el incidente a los valencianos, y en sus papeles les dedicó diversas rachas de su sinuosa ira. No queda constancia de qué pasó con el otro orador. Ni sabemos su nombre. Tuvo que ser un dominico, y un buen domingo, en la misa mayor de la iglesia de su convento, tomó como tema del sermón la expectativa del Juicio Final. Expuso la escena: la augusta severidad del Juzgador, el Valle de Josafat, el rechinar de dientes, la trompetería de los ángeles. El acontecimiento podría producirse en cualquier momento. ¿Cuándo...? La muchedumbre le escuchaba con la correspondiente congoja: el dibujo de las penas eternas fue, sin duda, perfecto, y quién más quién menos era un pecador corriente y moliente. ¿Cuándo? ¿Pasado mañana? ¿Mañana? ¿Tal vez ahora mismo?... Y de pronto, las bóvedas del santuario, se vieron conmovidas por unos energícos clarinazos. El reverendo en cuestión tenía escondido, entre unas cortinas, a un par de ministriles que sonaron su instrumento... El espanto del auditorio fue general, y la muchedumbre optó por huir. Los cronistas no dan más información, y es una lástima. No consta el número de heridos que causó la broma, en las presuras y los apretujones para salir a la calle. Pero la anécdota es deliciosa. El hijo de santo Domingo, puesto a impresionar a las masas, tuvo más éxito que el hijo de san Ignacio. Bien mirado, había quien era más «barroco» que el propio Gracián. En Valencia, al menos.

Traigo a colación estas pequeñas bromas ancestrales para «consuelo» de mis contemporáneos. De vez en cuando, al leer las rigurosas críticas que suelen proyectarse sobre los «mass media» como instrumento de «alienación», uno corre el peligro de suponer que «antes» todo eran tortas y pan pintado, y que la ciudadanía de otros tiempos, desprovista de electricidad y de electrodomésticos, quedaba a salvo de ciertas y muy insidiosas aflicciones. Nunca hubo tiempo pasado que fuese mejor. Siempre tuvieron pico las ocas. Y si no tenemos derecho a enorgullecernos de nuestra época —que, en éste y en tantos aspectos más, es tenebrosa—, tampoco debemos inclinarnos a creer que antaño todo eran flores y violetas. Muy al contrario. Y me temo que ni siquiera se han logrado demasiadas ventajas de sutileza en los trámites de la operación. Hay días en que, viendo la televisión, pienso que se repite la trampa del Juicio Final y hasta la de la carta venida del Infierno. Lo de menos es que sea para vender mercancías, para inculcar «cultura» o para difundir doctrina... La tosquedad de la maquinación da pena. Y sus efectos serán, sin duda, parecidos. Unas veces, la gente se tomará a broma la propuesta del «spot» o del comentario, y otras, echará a correr, huyendo (¿de qué?). Lo que digo de la tele es aplicable a la radio, y al papel impreso... Con las declaraciones de algunos políticos, recientemente difundidas, el ciudadano español podía considerarse inmerso en pleno Barroco...

Joan FUSTER

### DE ORILLA A ORILLA

## SOBRE EMMANUEL MOUNIER Y EL PERSONALISMO Y SOBRE OTRAS CUESTIONES MENORES

MI manera de reanudar la colaboración en «La Vanguardia» no es la que más me hubiera gustado. En la página 3 del número del 2 de marzo pasado de la revista «Triunfo» se me infirió un ataque gráfico que habría sido más adecuado para hecho en uno de esos papeles de extrema derecha. Quien me conoce ya sabe lo escasamente que me afectan tales hechos. ¿Pero es reprehensible que venga a ganar a América el dinero de que me privó el Estado español, si eso no me quita libertad para hablar de América al modo como el lector puede comprobar que lo hago en el recién publicado libro «Entre España y América»? Naturalmente, lo menos que podía exigir es una explicación. No se me ha dado y por eso respondo aquí y no allí a la referencia (número 6 de abril). Y aprovecho la ocasión para hablar de otra referencia, publicada el 24 de marzo en «La Voz de Galicia», pero procedente de un catalán también, el querido amigo Alfonso Carlos Comin.

No me extraña nada, es perfectamente humano, que Marta Pessarrodona aproveche la publicación de mi artículo «Virginia Woolf y su época» para lucir sus entre hispánicos poco comunes lecturas inglesas. Lo que sí me sorprende es el tono de bien medida frialdad (por ejemplo, evita cuidadosamente escribir mi nombre, lo que podría hacer pensar a su lector que se trata de un artículo sin firma) que, quisiera equivocarme, oculta; o, simplemente, por escribir como escribimos y hacer lo que hacemos; o más simplemente aún, por ser como somos.

En el caso presente, la única razón, a todas luces insuficiente, para la actitud que me parece descubrir tal carta, es la opinión emitida de que yo, «probablemente», no recomendaría la traducción de la biografía de Virginia Woolf por su sobrino Quentin Bell, en tanto que Marta Pessarrodona considera que debe hacerse cuanto antes. Sinceramente, no creo que mi juicio pese dema-

siado cerca de los posibles editores de tal publicación, que en sí misma es claro que no me parezca mal. Y llegado el caso, ciertamente sería difícil encontrar traductora más idónea que mi corresponsal —perdón, la corresponsal de «Triunfo»— dado su gusto por la minucia y dado que el libro es tan minucioso como, de acuerdo con su propósito, debía serlo.

Yo no comparto tal gusto, pero sí procuro dar precisión a mis escritos. Por eso, me considero obligado a contestar a la «polemista que te ha salido respondona», como graciosamente describe mi hija-secretaría el pequeño incidente, al remitirme el recorte aquí, a América, desde donde escribo. La edición que yo poseo, de 1973, es, según creo, la primera que publicó los dos volúmenes a la vez. El asunto de las reimpressiones de Hogarth Press es engañoso, ya que sus tiradas son pequeñas —Hogarth Press fue fundada por el matrimonio Woolf y en el libro de Quentin Bell se nos relatan, al pormenor, las dificultades de su pequeña imprenta— y por eso existe el acuerdo con la importante editorial americana Harcourt Brace. Lo que no obsta, ciertamente, a que entre los ingleses, tan dados a lo auyo, y en pleno apogeo del prestigio de Virginia Woolf, haya tenido un gran éxito. Menos en América, donde, de todos modos, acaba de publicarse su primera edición en «paperback»; y el hecho de que, como reconoce Marta Pessarrodona, seamos por lo menos dos los críticos que damos la impresión de haber leído un libro diferente del que ella leyó, debería hacerle pensar que el libro sea, en efecto, susceptible de lecturas diferentes de la suya. Personalmente sigo pensando que, en conjunto, es muy interesante, pero página a página, año por año y casi día a día, para los que no estamos dispuestos a consagrar nuestra vida a Virginia Woolf, no tanto. Por ejemplo, el lector se quedará sorprendido de que la gran escritora se preocupaba casi con ansiedad, y al estilo de las más burguesas amas de casa entre nosotros —es verdad que los tiempos eran otros y que casi siempre estaba más o menos enferma, pero aun así—, por los conflictos de su servicio doméstico. Y minuciosidades como ésta abundan en el libro.

El afán «respondón» de Marta Pessarrodona sigue manifestándose a lo largo de toda su carta. Así me corrige advirtiéndome que mejor que una «ruptura con los residuos de la moral vic-

toriana» debería haber escrito una «ruptura con la moral victoriana». Es posible, puesto que en ciertas capas sociales, incluso hoy mismo la moral victoriana continúa parcialmente vigente. Yo pensaba en el pequeño mundo literario y, dentro de él, es evidente que, en pocos años, se anduvo un gran trecho, si se compara la suerte que corrió Oscar Wilde con la respetabilidad que lograron los miembros más distinguidos del grupo de Bloomsbury, Lytton Strachey y Keynes, convertido en lord.

El hecho de que «The Golden Bowl», de Henry James —amigo del grupo y, por cierto, de tendencias homosexuales también—, sea un retrato de su estilo no es invención mía, sino que lo sugiere el propio Quentin Bell. La fecha de publicación no prueba nada, puesto que el grupo, esencialmente masculino, preexistía en Cambridge, en torno al filósofo G. E. Moore. Me permito reproducir lo que literalmente escribí yo: «Henry James, a quien Virginia conoció desde niña, en parte retrató esta «sociedad», en parte la inventó o dotó de expresión en «The Golden Bowl»». Lo de la tentación de suicidio que asedió a Virginia Woolf tampoco lo he inventado yo, sino que se encuentra bien documentado en el libro de Quentin Bell, quien asimismo reconoce el alejamiento de los jóvenes escritores ingleses, apasionados con la guerra civil española, ante la frigididad política —pero no, de ningún modo, derechismo— de la escritora. Todo esto «está en el libro», por lo que, finalmente, me convengo de que soy yo quien lo ha leído más atentamente. Lo que de antemano podía sospechar, pues entre mis muchos defectos cuenta el de, cuando leo un libro, enterarme de lo que dice y atenerme estrictamente a ello. Es verdad que en aquella sección de «Triunfo» aludí a una amiga catalana, según la cual yo iría más allá —ojalá— que los libros que comento. Pero aun cuando eso fuese cierto, lo sería en su misma dirección, sin desviarla o confundirla. Y para terminar con esto, sigo pensando que, se traduzca o no el libro tan comentado, lo verdaderamente importante es facilitar a los españoles la lectura de las obras de Virginia Woolf que hasta ahora les son, en su mayor parte, difícilmente accesibles.

Y vamos ahora, por fin, con la otra «lectura». Se trata de una entrevista hecha a Comin en La Coruña, invitado allí por las «Convivencias Culturales del Apostolado Seglar», grupo del que

yo también me honro en ser amigo. El tema de la entrevista es el mismo de las conferencias que dio Emmanuel Mounier y el personalismo en la Iglesia actual. El «pretexto», no más que pretexto, que me sirve para dar cuenta aquí de lo que dijo, es que al ser preguntado en qué figura española veía influencia de Mounier, si en «Aranguren quizá», contestó, según pienso acertadamente, que mi caso es complejo, que hay Mounier también en mí, pero sin relación directa. Y sigo estando conforme con él —con una importante salvedad, que haré al final— cuando ve su influencia más bien «en corrientes globales, en revistas como «El Ciervo», «Cuadernos para el Diálogo», «Mundo Social»...»

Yo fui lector de «Esprit» desde que se fundó, al comienzo de los años treinta, como lo fui de «Cruz y Raya», revista hasta cierto punto afín, que en España habría podido representar un papel semejante, si los tiempos hubiesen estado aquí suficientemente maduros desde el punto de vista cristiano. Admiro y admiré siempre en Mounier su actitud, muy importante con respecto a la democracia cristiana, la guerra de España, el anticolaboracionismo, y, por supuesto, después. No creo que fuese un gran filósofo, no era esa su vocación, aunque también pienso con Comin que su pensamiento maduró mucho en los últimos años y que su muerte constituyó una gran pérdida para el cristianismo. El «sistema» en que se convirtió su actitud personalista me pareció siempre tan poco fecundo en el plano filosófico como Comin hace ver que lo fue en el plano político. Los cristianos que pretendían dar un paso más —uno solo— más allá de la posición escolástica de Maritain y Gilson, quisieron hacer «personalismo» para oponerlo no sólo al marxismo, tema de Comin, sino igualmente, por los años cincuenta, al existencialismo. Mounier personalmente fue mucho más importante que su personalismo. Incluso por circunstancias privadas, biográficas, entrañablemente dolorosas, en común, y su enfrentarse con ellas, le admiró profundamente.

En los últimos años me he acordado poco de él. Probablemente porque ya no lo necesito. En España existe hoy otro Mounier actualizado. Es, precisamente, Alfonso Carlos Comin.

José Luis L. ARANGUREN